

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

“La vida es a veces muy dura y otras veces muy pródiga, y siempre te sorprende”, dice la filóloga clásica Irene Vallejo (Zaragoza, 1979), a quien sin duda la vida la ha sorprendido en los últimos años. Fue mientras estudiaba su doctorado europeo por las universidades de Zaragoza y Florencia cuando empezó a germinar la idea que culminaría en la publicación, en 2019, de “El infinito en un junco”, un ensayo sobre “la invención de los libros en el mundo antiguo”, como dice el subtítulo, aunque el volumen es mucho más que eso: en él hay historia, aventuras, relatos de viajes, humor, anécdotas, crónica, autobiografía, memorias. “Me basé un poco en el origen del género del ensayo, que es Michel de Montaigne”, explica la autora, aunque “salvando todas las distancias”, advierte.

El inusitado éxito de “El infinito en un junco”, que se ha expresado en numerosos premios —como el Nacional de Ensayo, el Ojo Crítico de narrativa, Búho Lector, Acción Cívica en Defensa de las Humanidades, de la Asociación de Librerías de Madrid y el Aragón 2021—, en el respaldo de la crítica y sobre todo en la calurosa acogida de los lectores, ha sorprendido en primer lugar a Irene Vallejo. Con 40 ediciones en España y traducido a una treintena de idiomas, a Chile llega ahora una edición económica (Debolsillo/Sinuela), realizada para América Latina por expresa petición de la escritora. “Ha sido un empeño mío, porque mucha gente me decía en redes que no podía permitírselo, que tenía que ahorrar para comprarlo —señala—. Y eso me hacía sufrir, porque era contradictorio con el mensaje del libro, que es el de la universalización y la democratización de la lectura”.

Aparentes causas perdidas

Desde su hogar en Zaragoza, y a través de la pantalla, Irene Vallejo cuenta cómo ha sido este tiempo después de “El infinito...”.

“Mi primera reflexión es que realmente éramos más de lo que yo pensaba. A veces convenices a ciertas personas de que sus ideas, sus afectos, sus apogeos, son minoritarios, y no acaban de saber lo numerosas que son. Y quizás “El infinito en un junco” vino a ser un polo alrededor del cual se han reunido esas personas que se creían solitarias, aisladas y minoritarias, no solo en su gusto por el libro tradicional, el libro de papel, sino incluso en la defensa de ciertas ideas, de ciertos conceptos humanistas, de ciertas reservas ante la idolatría tecnológica. Creo que sorprendentemente ha sido un libro que muchos lectores han sentido acogedor, cuando yo lo escribí creyendo que pasaría de puntillas”.

Fue precisamente la exaltación del libro electrónico y los discursos que anunciaban el fin del libro impreso lo que llevó a Irene Vallejo a concebir este ensayo como un acto de rebeldía y de defensa de la cultura impresa. “Yo misma estaba convencida de que pertenecía a un grupo un tanto excéntrico —señala—, y que en general todas las causas que asumo son causas perdidas”. Se lo decía su familia: “Te gustan los clásicos en un momento en que el latín y el griego parecen estar más orillados en los currículos académicos y en la educación; te lanzas en defensa de los libros en papel cuando los están decretando su fin y su sustitución por el libro electrónico y por las pantallas y por las experiencias virtuales”, recuerda.

Su intención, sin embargo, no era “derrotar” al libro electrónico. “Creo que “El infinito” intenta evitar esa retórica de la confrontación; en realidad todos somos mucho más versátiles y leemos libros muy distintos, en distintos formatos, como hicieron nuestros antepasados en la antigüe-



ENTREVISTA | Sorprendente éxito de su libro

IRENE VALLEJO después de El Infinito

Lo que en un principio fue para su autora un acto de rebeldía y un refugio, se ha convertido en el ensayo más leído y recomendado en España y fuera de sus fronteras. Distinguido con numerosos premios, “El infinito en un junco” está siendo traducido a una treintena de idiomas, se publicará en más de 40 países y ahora llega a Chile una edición económica exclusiva para Latinoamérica.

dad, y eso no es un inconveniente sino un enriquecimiento de la experiencia. El libro electrónico soluciona situaciones y se especializa en distintos usos, pero no somos lectores esencialmente distintos”.

Obsolescencia programada

Si ve una diferencia fundamental en el origen de cada uno. “Lo que a mí me gusta destacar es que realmente el libro de papel, el libro manuscrito que ha evolucionado a través de la imprenta, tiene una ventaja esencial, y es que lo concebieron en un momento en el que durar era una virtud, un objetivo, casi una necesidad. En aquellos tiempos la gente podía permitirse comprar pocos libros y era importante que esos libros durasen, estuvieran bien elaborados; hay toda una historia de búsqueda de los materiales para garantizar la durabilidad del objeto y la difusión de las palabras que contiene. Mientras que ahora sabemos que todos los productos tecnológicos tienen el enemigo dentro, que es la obsolescencia programada. Están hechos para que duren poco tiempo y sean sustituidos por la siguiente novedad, lo que hace que muchos textos, obras, manifestaciones culturales se pierdan en cada uno de esos pasos de formato. Es como si la tecnología estuviera conspirando constantemente frente a nuestro de-

Es la existencia y la circulación de todos los libros, sin restricciones, lo que garantiza la libertad de pensamiento y la libertad de conciencia”.

luminas periodísticas, ensayos y libros infantiles, pero el libro que podría haber sido su despedida de la escritura, se convirtió en todo lo contrario, abriéndole las puertas a un mundo hasta ese momento desconocido para ella. “Me ha pillado desprevenida, inesperada, no estaba preparada para lo que iba a sucederme, para esta ten-

ción y toda esta generosidad de los lectores. Durante todos estos meses he tenido la sensación de tener que aprender muy aceleradamente cómo moverme en un universo que era nuevo, en conocer a escritores a los que hasta ese momento contemplaba y leía a la distancia pero sin nunca haber imaginado que podría llegar a charlar con ellos o que ellos leyeran mis libros”, señala, sin nombrar a Mario Vargas Llosa, Alberto Manguel, Fernando Aramburu, Carlos García Gual, Jorge Volpi, Rosa Montero o Héctor Abad, entre muchos otros que han alabado su ensayo.

—¿Qué ha significado en términos personales el éxito de su ensayo?

“Este libro ha cambiado totalmente mis previsiones, porque además yo lo escribí en un momento personal muy difícil. Acababa de tener un niño, que nació con graves problemas de salud, y me estaba preguntando muy seriamente si podría seguir dedicándome a la literatura, porque el cuidado de mi hijo me exigía mucho tiempo y mucha dedicación. Cuando me adentré en este libro ni siquiera sabía si las circunstancias permitirían que lo terminase y consideraba hasta qué punto era posible tener que abandonar durante muchos años la escritura. En ese momento quizás de pesimismo, este libro significó para mí el refugio”.

Irene Vallejo ya había publicado dos novelas —“La luz sepultada” y “El silbido del arquero”—, dos antologías de sus columnas periodísticas, ensayos y libros infantiles, pero el libro que podría haber sido su despedida de la escritura, se convirtió en todo lo contrario, abriéndole las puertas a un mundo hasta ese momento desconocido para ella. “Me ha pillado desprevenida, inesperada, no estaba preparada para lo que iba a sucederme, para esta ten-

ción y toda esta generosidad de los lectores. Durante todos estos meses he tenido la sensación de tener que aprender muy aceleradamente cómo moverme en un universo que era nuevo, en conocer a escritores a los que hasta ese momento contemplaba y leía a la distancia pero sin nunca haber imaginado que podría llegar a charlar con ellos o que ellos leyeran mis libros”, señala, sin nombrar a Mario Vargas Llosa, Alberto Manguel, Fernando Aramburu, Carlos García Gual, Jorge Volpi, Rosa Montero o Héctor Abad, entre muchos otros que han alabado su ensayo.

Mujeres y escritura

—¿Cómo ha enfrentado este nuevo escenario?

“En medio de tantas circunstancias imprevisibles sucediendo al mismo tiempo pues predomina el sentimiento de gratitud y de sorpresa y de alegría, pero en algunos momentos me he sentido desbordada y he tenido que darme cuenta de que realmente hace falta inteligencia también para asimilar cambios tan grandes y, bueno, pues tener muchos anclajes alrededor, la familia, las personas que te centran en el mundo. Y creo que tener a mi hijo también me mantiene muy unida a la vida, a sus exigencias, a los cuidados”.

Mientras escribía “El infinito...”, Irene Vallejo vivía momentos de “enormes incertidumbres” y de alguna manera ese ánimo se expresa en sus

páginas. “Las circunstancias muchas veces te arrebatan oportunidades por las que has trabajado duramente y quizás también por eso me pregunté por la historia de las mujeres en la escritura, dándome cuenta o temiendo que la maternidad, esa maternidad con problemas de salud que yo había tenido, podía apartarme de la literatura. Y como el hecho de que las mujeres escribamos siempre es más frágil; luego la vida te requiere, el cuidado, la atención, tantas tareas que muchas veces se alían contra esa necesidad expresiva y creativa”.

Y reconoce otros sentimientos que también se reflejaron en el libro y en su estilo conjetural. “El hecho de estar en el hospital y el agradecimiento a todos los equipos médicos y enfermeras hizo que girase al tema de los cuidados, de los salvadores de libros, no tanto de su evolución a través de la historia, sino intentar sacar las huellas a esos personajes anónimos que salvan, que cuidan. Siempre nos centramos en la historia, los hechos, las evidencias, pero luego están esas personas que humildemente hacen posible todo lo demás y a ellas hay que adivinarlas, hay que casi intuirlos, por eso están esas fórmulas conjeturales. Yo tengo que imaginar: viajar con esto, se escondieron, porque no hay otra explicación posible a que los libros hayan sobrevivido a pesar de tantas persecuciones, pero lo que está documentado son las persecuciones y no la presencia de esas personas con rasgos y momentos de heroísmo. Creo que para mí en ese momento, todo ese personal que estaba cuidando de mi hijo estaba siendo un poco como ellos”.

Circunstancias y azares

Lo que ni ella ni nadie pudo imaginar entonces es que pocos meses después de la publicación del libro sobrevendría la pandemia. “Es curioso, porque las circunstancias en las que yo lo escribí se han parecido mucho a las circunstancias en que la gente ha leído el libro. Ha sido un puro azar, pero realmente todo lo que ha sucedido con “El infinito” ha sido una combinación de circunstancias y de azares”.

—Y en pandemia, precisamente se ha revalorizado el libro, la lectura.

“Sí. Es como una refutación de esa idea de que la literatura está cerca del abismo. Siempre nos están pronosticando la catástrofe literaria, el apocalipsis lector, pero cuando ha llegado un apocalipsis real, hemos visto una emergencia terrible: una catástrofe, hemos vuelto a los libros, hemos leído más que antes, más que nunca”.

Un aspecto clave de su libro es la democratización del libro a través de la historia y los beneficios que esto ha traído a la sociedad. “Cuando los libros están en circulación es más difícil controlar los discursos, y por supuesto hay una variedad enorme de argumentos, de ideas, que están libremente accesibles para quien se interese por ellos” y matiza: “No quiero idealizarlos, porque también hay libros muy dañinos, que han influido odio, que han justificado persecuciones racistas, que han sido fundamentos de imperialismo, de fanatismo, de misoginia. Pero es la existencia y la circulación de todos estos libros, sin restricciones, lo que garantiza la libertad de pensamiento y la libertad de conciencia”.

Aboga, en ese sentido, por lectores críticos. “Críticos incluso con los libros que tanto amamos”, enfatiza. “Si nos hacemos lectores críticos vamos a ser también críticos con la política, de la realidad, de la historia”.



EL INFINITO EN UN JUNCO
Irene Vallejo
Debolsillo / Sinuela, Buenos Aires, 2021. 451 páginas, \$14.000.
ENSAYO

Crítica de arte

WALDEMAR SOMMER

CENTRO CULTURAL LA MONEDA

Aunque el ordenamiento del montaje sea discutible, aunque el desequilibrio numérico de las obras mostradas resulte evidente, aunque los autores convocados correspondan a una selección que pudiera parecer antojadiza, el ambicioso propósito de mostrar un conjunto representativo de la historia del grabado en Chile ostenta valores indiscutibles. Empecemos por analizar, en el Centro Cultural La Moneda, estos últimos: la exhibición simultánea de gráfica del pueblo y arte infantil con sus respectivas diferencias capitales y una nomenclatura nueva. Así, una colección de nuestra vigorosa Lira Popular —línes del siglo XIX y comienzos del XX— da cuenta, a través de blanco y negro, del encanto y la imaginación sabrosa de sus anónimos responsables. La frescura de su particular expresionismo, a la vez incisivo y candoroso, sabe interpretarse a su manera interes-

De la Lira Popular al Minimalismo

del vulgo de la época: crónica roja, festejos, sucesos políticos nacionales e internacionales, mitología campesina. Como buen arte popular, en general sus imágenes parecían proceder de una misma mano.

De tiempo después —1972 y 1973—, los estimulantes talleres para niños de Eduardo Viches en poblaciones marginales nos demuestran una gran diversidad de logros. Más allá de la gracia de su fresca inventiva, de su espontaneidad gráfica, de sus torpezas lineales, el arte exige niños dotados, cuya capacidad solo se halla en potencia. Y pareciera que esto recoga, en especial, las escenas impresas en Ca-

lendario de la Población Nueva Palena. Con entera libertad saben imponer aquí atractivo parejo con la naturalidad de sus deformaciones formales, con la capacidad de manifestar agudamente entorno y anhelos infantiles. Baste un solo ejemplo, el rincón de hospital con enfermo en camilla.

Una serie de trabajos de la década del 30, además de algunas de sus ilustraciones de libros, representa a Carlos Hermosilla, el conocido grabador y docente portor. Mediante la tan adecuada xilografía de muestra la fuerza aplastante de su dibujo, su clarooculto tan manoseado, el realismo social expresionista, las

huellas del mural mexicano triunfantes por entonces. En sus manos, el acento trágico y beligerante proclama a su autor. Dentro del necesario orden cronológico que tratamos de establecer, vienen a continuación obras de los años 80. Pertenece a dos artistas de miradas opuestas entre sí, Beatriz Leyton y Virginia Errázuriz, si bien ambas abogan por una positiva simplificación de formas dentro del conjunto expuesto. De la primera sobresalen, claramente, sus amplias ejecuciones sobre raso. Componen numerosas situaciones románticas de la vida familiar femenina, desarrolladas mediante una composición muy límpida y unitaria, en donde desuellan los ojos de sus personajes. Este grupo representa con mayor propiedad a la artista,

antes que las fotografías de maniqués, un tema bien explorado en aquel entonces.

En contraste con la totalidad de la exposición, tanto en número como en mirada, la muy exigua serie de grabados de Errázuriz se vierte por intermedio del minimalismo más extremo... y exquisito. Pero cuánto nos dice, visual y conceptualmente, esta esencia de gráfica. Le bastan tres rectángulos paralelos, sutilmente inclinados, y una delicada variación cromática sobre gran fondo virgen de cartón crudo “Hecho en Chile”.

Ya dentro del milenio presente, el chilote Daniel Lagos (1976) constituye la gran revelación. Sus hermosos relatos nocturnos —¡esos negros letrados!—, sobre todo en formatos dilatados,

nos transmiten con plenitud su amor por el paisaje sureño, en el que sabe introducir con particular discreción la o las figuras humanas. Su verba más bien tradicional sabe impregnar cada visión de un dinámico lirismo vital. Al mismo tiempo, Lagos mantiene el tenuísimo Taller Cherkán. A la inversa, los dos participantes más débiles en el CCLM inician y concluyen el montaje. Uno es un nombre de concia y atractiva trayectoria anterior, Lorena Villablanca. Sin embargo, la chilaneja hoy decepciona por su insistente reiteración de fantásticas figuras monstruosas, que terminan por cansar, mientras sus volúmenes hacen una interpretación gruesa, vulgar de la noble cerámica de Quinchamal. La iniciadora del recorrido, Virginia Vizcaino (1945), por su parte, no logra integrar figuración y abstracción gestual. Sus resultados emergen, entonces, abigarrados, confusos.